



## Imaginarios periféricos. Un análisis de la producción escrita acerca de la zona Nororiental y la Comuna 13 de Medellín (1980-2012)

**Jorge-Andrés Aristizábal-Gómez\***

Universidad Nacional de Colombia

<https://doi.org/10.15446/historelo.v16n36.108509>

Recepción: 24 de abril de 2023

Aceptación: 15 de agosto de 2023

Modificación: 14 de septiembre de 2023

### Resumen

En el presente artículo se pregunta hasta qué punto el periodo comprendido entre 1980 y 2012 constituyó una disputa por clasificar a los habitantes de las laderas de la ciudad de Medellín. Se hace partiendo del postulado de la denominada Nueva Historia Cultural, según el cual las representaciones son también formas de producción del mundo social y, metodológicamente, se basa en la consulta y análisis de fuente primaria escrita como prensa oficial, prensa comunitaria y literatura. Como resultado, se constatan dos periodos de auge representacional profundamente influenciados por los procesos históricos del momento: uno de interés por los nuevos actores ilegales que ocupaban el territorio —y que acabó generando una estigmatización sobre toda su población— comprendido entre las décadas de 1980 y 1990 y en el cual la zona Nororiental ocuparía un lugar central; y otro que pone a las víctimas como centro del relato, que da inicio con la llegada del nuevo milenio, y en el cual la Comuna 13 sería protagonista.

**Palabras clave:** representaciones; Medellín; barrios periféricos; zona Nororiental; Comuna 13; historia urbana.

\* Historiador por la Universidad Nacional de Colombia - Sede Medellín (Colombia). Artículo resultado de la investigación efectuada en el marco del trabajo de grado "Medellín se ha partido en dos: los barrios periféricos de la ciudad en el imaginario de sus habitantes (1980-2012)". Esta monografía es candidata al Concurso Mejores Trabajos de Grado de Pregrado en su versión XXXII\*23. Financiado con recursos propios. Correo electrónico: joaristizabal@unal.edu.co  <https://orcid.org/0009-0008-9452-4468>



#### Cómo citar este artículo/ How to cite this article:

Aristizábal-Gómez, Jorge-Andrés. 2024. "Imaginarios periféricos. Un análisis de la producción escrita acerca de la zona Nororiental y la Comuna 13 de Medellín (1980-2012)". *HiSTOReLo. Revista de Historia Regional y Local* 16 (36): 224-255. <https://doi.org/10.15446/historelo.v16n36.108509>

## Peripheral Imaginaries. An Analysis of the Written Production about the Northeastern Zone and the Comuna 13 of Medellín (1980-2012)

### Abstract

---

The paper explores the degree to which a dispute over the classification of inhabitants of the hillsides of Medellín marked the years 1980 to 2012. It is founded on the so-called New Cultural History principle, which states that representations are additional forms of social world production. Regarding methodology, it relies on reviewing and examining primary written materials, including literature and the official and community presses. Thus, two periods of representational upsurge profoundly influenced by the historical processes of the time are discernible: one, which centered on the Northeastern zone and was preoccupied with the new illegal actors that occupied the territory between the 1980s and 1990s, ultimately resulting in the stigmatization of the entire population; and the other one that begins with the advent of the new millennium and features the Comuna 13 as the main characters; this one positions the victims at the center of the narrative.

**Keywords:** representations; Medellín; suburbs; Northeastern zone; Comuna 13; urban history.

## Imaginários periféricos. Uma análise da produção escrita sobre a zona Nordeste e a Comuna 13 de Medellín (1980-2012)

### Resumo

---

Este artigo pergunta até que ponto o período entre 1980 e 2012 constituiu uma disputa para classificar os habitantes das ladeiras da cidade de Medellín. É feito com base no postulado da chamada Nova História Cultural, segundo o qual as representações são também formas de produção do mundo social e, metodologicamente, baseia-se na consulta e análise de fontes escritas primárias como a imprensa oficial, imprensa comunitária e literatura. Como resultado, evidenciam-se dois períodos de boom representacional profundamente influenciados pelos processos históricos do momento: um de interesse pelos novos atores ilegais que ocupavam o território - e que acabou gerando estigmatização de toda a sua população - entre as décadas de 1980 e 1990 e na qual a zona Nordeste ocuparia um lugar central; e outro que coloca as vítimas no centro da história, que começa com a chegada do novo milênio, e no qual a Comuna 13 seria protagonista.

**Palavras-chave:** representações; Medellín; bairros periféricos; Zona Nordeste; Comuna 13; história urbana.

## Introducción

---

El siglo XX constituyó, para la ciudad de Medellín, un periodo de crecimiento geográfico, demográfico e industrial sin precedentes. Por una parte, el mejoramiento de las condiciones de higiene y nutrición provocó una explosión demográfica de considerable importancia (Gaviria 2016, 179-230); por otra, el creciente proceso de industrialización que vivió la ciudad atrajo, a través de una serie de oleadas migratorias, a un gran porcentaje de la población rural del departamento, situación que se mantuvo constante durante prácticamente todo el siglo (Ramírez-Patiño y León-Vargas 2013, 33-39) y a la que se sumó, especialmente a partir de la década de 1980, el fenómeno del desplazamiento forzado a través del cual actores ilegales empujaron a grandes masas campesinas hacia la ciudad (Centro Nacional de Memoria Histórica 2015).<sup>1</sup> Es comprendiendo esta serie de particularidades que puede entenderse cómo, de tener una población estimada en 358 189 habitantes en 1951, la ciudad pasó a registrar 1 493 406 habitantes en 1981 (Departamento Administrativo de Planeación Metropolitana 1981), cuadruplicando su población. Cabe aclarar que este crecimiento no se dio de manera homogénea en todos los sectores de la ciudad, sino que se concentró en tres zonas específicas: la zona Nororiental (Comuna 1), la zona Noroccidental (Comuna 2) y la zona Centroccidental (Comuna 4) (figura 1).

Este aumento en la densidad poblacional fue determinante en la implementación de un proyecto de “construcción masiva de vivienda popular seriada y estandarizada, con las especificaciones más simples y a bajos costos” (Botero-Gómez 1996, 528), a través del cual se buscó dar solución a la crisis habitacional que se presentaba en la ciudad; pero, a pesar de los esfuerzos de los sectores público y privado por solucionar la crisis de vivienda y mantener un modelo de crecimiento urbano regulado, el aumento de la densidad poblacional y la dificultad de la población

---

1. Se trató, principalmente, de grupos guerrilleros de izquierda y grupos paramilitares o contrainsurgentes. No obstante, las fuerzas del Estado, en complicidad con estos últimos, también tuvieron un rol importante en el fenómeno del desplazamiento masivo, tal y como lo ha documentado el Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH) en sus múltiples informes.

de más bajos recursos para acceder a créditos hipotecarios fue muy superior al crecimiento de la oferta de vivienda, lo cual generó que, para mediados de los años sesenta, la cifra de habitantes residentes en barrios ilegales —o tugurios— fuese de 300 000, es decir, el 50 % de la población total de la ciudad (Departamento Administrativo de Planeación 1965).

**Tabla 1.** Densidad poblacional en la zona urbana de Medellín por Comuna a 30 de junio de 1986

Comuna	Nº de habitantes	Nº de hectáreas	Nº de habitantes por hectárea
Comuna 1 (Oriental)	443 975	1497,3	296,5
Comuna 2 (Robledo)	319 006	1170	272,6
Comuna 3 (La Candelaria)	259 308	1782,7	145,4
Comuna 4 (La América)	270 906	1783,4	151,9
Comuna 5 (El Poblado)	34 266	1539,5	22,2
Comuna 6 (Belén)	173 477	1673,2	103,6

**Fuente:** Departamento Administrativo de Planeación Metropolitana (1986, 73-77 y 150).

A la problemática de los tugurios en las periferias se sumó, desde finales de la década de 1970, un incremento en los índices de criminalidad de la ciudad, en gran parte como consecuencia del auge del narcotráfico (Jaramillo 1996, 555), lo cual facilitó la conformación de grupos armados de diversa índole e ideología, quienes ejercieron un importante control territorial en sus zonas de influencia. Evidentemente, las laderas de la ciudad no fueron un escenario ajeno a este conflicto, pues, por una parte, las condiciones precarias en las que vivían muchos de sus habitantes hicieron de estos espacios un caldo de cultivo idóneo para la proliferación de facciones urbanas de grupos guerrilleros con tendencia de izquierda;<sup>2</sup> mientras que, por otra,

2. Por su carácter aparentemente reivindicativo, las guerrillas urbanas —también denominadas milicias populares— buscaron recoger la inconformidad de una población históricamente marginada a través de la combinación de estrategias de corte “social” tales como espacios asamblearios, convites, entre otros; con métodos delictivos bajo la excusa de que estos últimos financiaban los primeros. Sobre la respuesta de la población y las disputas ideológicas al interior de estos grupos armados véase Medina-Franco (2006).

la necesidad de los capos del narcotráfico de establecer una estructura jerarquizada que les permitiese tener un mayor dominio del negocio les llevó a buscar “mano de obra” en sectores con altas tasas de desocupación como los barrios populares de la ciudad.<sup>3</sup> En ese sentido, la existencia de bandas juveniles en varios de los barrios periféricos de la ciudad facilitó una importante imbricación entre actores ilegales, lo cual, sumado a la falta de interés de los medios por establecer una caracterización apropiada, acabó dificultando la posibilidad de diferenciar unos de otros e, incluso, de diferenciarlos de los demás habitantes de estos sectores que no ejercían ningún tipo de actividad delictiva (Jaramillo 1996, 556).<sup>4</sup>

Por las razones anteriormente descritas, se hace evidente que los barrios periféricos de la ciudad cobraron especial relevancia en la agenda pública y mediática a partir de la década de 1980. En esa vía, la presente investigación se pregunta por las diversas formas en que estos fueron representados y el lugar que ocuparon dentro del imaginario de la población medellinense en el periodo comprendido entre 1980 y 2012. La teoría que sustenta esta propuesta parte de dos de las premisas más importantes de la denominada Nueva Historia Cultural y en las cuales coinciden, aunque con ligeros matices, Roger Chartier y Pierre Bourdieu: por un lado, el reconocimiento de una doble función —dialéctica, además— en las representaciones, que no ve en estas únicamente una herramienta de categorización, sino también un instrumento de producción del mundo social; por otro lado, pero siguiendo la misma vía, un reconocimiento del campo de las representaciones como un escenario en constante pugna: una pugna por clasificar, que es, paralelamente, una disputa por ocupar un

---

3. Para el año de 1981 la zona Nororiental de la ciudad registraba una tasa de desempleo del 11.8, seguida por la Noroccidental con un 10.9. La zona Centroccidental contrasta con estas cifras, registrando un 5.5, pero esto se debe a que, para la fecha, la mayoría de los barrios de invasión en ese sector (lo que hoy día constituye la mayor parte de la Comuna 13) no se encontraban contemplados en el plano de comunas de la ciudad y ocupaban un indicador particular denominado “Barrios periféricos” que, para la fecha, registraban una tasa de desempleo del 9.6 (Departamento Administrativo de Planeación Metropolitana 1981, 121).

4. Las bandas juveniles fueron un fenómeno bajo el cual se agruparon grupos de jóvenes —cuya edad promedio rondaba entre los 12 y los 16 años— con la intención de ejercer control territorial por medio de la acción violenta en los barrios populares de la ciudad. Una caracterización muy completa de estas agrupaciones la presentan Jaramillo y Salazar (1992).

lugar dentro de la realidad.<sup>5</sup> En ese sentido, en esta investigación se entiende por imaginarios a ese conjunto de representaciones sobre un tema en particular que, simultáneamente, permiten su existencia dentro del mundo social.

Asimismo, y siguiendo a Archila (2012), se ha pretendido romper con la visión más tradicional dentro de la disciplina que ha tendido a ver en la Nueva Historia Cultural una forma de hacer historia alejada de la materialidad y enfocada específicamente en el análisis de las representaciones que de esta se desprenden. La razón para esta decisión obedece a que, como afirman Hering-Torres y Pérez-Benavides (2012, 24), “cultura y sociedad no se excluyen mutuamente; todo lo contrario, las dos esferas tienen evidentes interdependencias, porque la cultura es el producto de las sociedades y las sociedades necesitan sistemas culturales de símbolos para conferirle a la realidad una existencia con sentido”.

Es decir, solo historizando el mundo social es posible alcanzar un óptimo análisis de las formas de representación que lo producen.

En cuanto a aspectos de corte metodológico, cabe señalar que las fuentes privilegiadas para la investigación fueron: la prensa oficial, donde se privilegió el periódico *El Colombiano* por su significativo impacto local;<sup>6</sup> la prensa comunitaria, para lo cual se priorizaron aquellas iniciativas de periodismo comunitario de más larga data y trayectoria, resultando de esta selección los periódicos *Sizas* y *El NorOriental* para la zona que da nombre a este último y *Signos desde la 13* y *Derecho por la 13* para la Comuna 13 de Medellín; la crónica escrita, sobre todo aquella que tuvo amplia circulación en la ciudad y que mostró una intención explícita de representar aquellos sectores de los que se ocupa la investigación; la novela barrial; algunos informes emitidos en el marco de los procesos de reparación de víctimas que se emprendieron con la llegada del nuevo milenio y algunos escritos publicados en el marco de proyectos de la administración municipal.

5. Chartier afirma que “no hay práctica ni estructura que no sea producida por las representaciones, contradictorias y enfrentadas, por las cuales los individuos y los grupos den sentido al mundo que les es propio” (1992, 49). Por su parte, Bourdieu ve en el juego de las representaciones un “monopolio del hacer ver y hacer creer, hacer conocer y hacer reconocer [e] imponer la definición legítima de las divisiones del mundo social” (1985, 88).

6. Así lo demuestra una encuesta realizada por el periódico *El Tiempo* (1990), donde se evidenció que el 95.4 % de los medellinenses tenían a *El Colombiano* como su periódico predilecto.

Asimismo, vale la pena señalar que la cronología de la investigación estuvo determinada, principalmente, por los períodos de mayor producción escrita con relación al objeto de estudio. Por una parte, es en la década de 1980 que comienza el interés por representar a los habitantes de la periferia; mientras que, por la otra, a principios de la segunda década del dos mil la producción escrita *en y acerca de* la Comuna 13 toma un vuelco importante, pues se preocupa menos por la representación del habitante de este sector para enfocarse en otros temas como el turismo emergente y los nuevos proyectos urbanísticos con impacto local.

Por último, con respecto a la no inclusión de la zona Noroccidental en la investigación, es importante aclarar que, si bien esta también fue, en términos estadísticos, un escenario predominante en cuanto a lo que ocupación ilegal del territorio y conflicto urbano respecta, al momento de realizar la búsqueda y el análisis de fuentes se encontró una mayor predominancia en los otros dos sectores, así como unos elementos comunes que los hacían óptimos para conformar un objeto de estudio conjunto.

## Heterorepresentaciones del conflicto: sicarios, milicianos y “pistolocos”

---

A partir de la década de 1980, Medellín experimentó un incremento en las tasas de criminalidad y delitos en contra de la vida, como consecuencia, en gran medida, de la aparición de grupos de variadas tendencias que se disputaron el control territorial por la vía armada. Una clasificación superficial de estos apuntala la existencia de, por lo menos, tres grandes actores en el marco del conflicto urbano en la ciudad: las milicias populares, los paramilitares y los miembros de la fuerza pública que, bien fuera desde la legitimidad, bien desde la clandestinidad, ejercieron acciones armadas que involucraron directamente a la población civil (Valencia-Agudelo 2017, 8). A estos actores de gran envergadura, además, deben sumarse otros de menor tamaño, tales como las bandas juveniles, las agrupaciones al servicio de los capos del narcotráfico y los grupos de autodefensa clandestinos.

Estos actores acabaron confluyendo, en diferentes periodos históricos, en los barrios periféricos de la ciudad. Entre las principales causas que posibilitaron su consolidación en estos territorios se destacan: el posicionamiento del narcotráfico y el sicariato como alternativas económicas para una población con índices muy bajos de calidad de vida y acceso a la formalidad laboral; la posibilidad —normalmente negada por otras vías— de acceder a un estatus o a una posición de poder a través de la vía armada (Salazar y Jaramillo 1992, 33) y las condiciones urbanas del territorio, las cuales dificultaron el acceso de la autoridad estatal e hicieron de estos barrios espacios estratégicamente predilectos para el escondite (Aricapa 2005).

Esta conjunción de elementos permite intuir por qué el 71.3 % de las bandas identificadas en la ciudad de Medellín, en el año de 1992, se encontraban presentes en la zona Nororiental de la ciudad (Salazar y Jaramillo 1992, 89). También explica por qué el Observatorio de Memoria y Conflicto del Centro Nacional de Memoria Histórica señala las comunas 1, 13 y 3 —en ese orden, respectivamente—,<sup>7</sup> como las que registraron mayores índices de violencia letal entre 1980 y 2014.<sup>8</sup> Con esto en mente, vale la pena revisar la forma en que los habitantes de estos sectores fueron representados desde diferentes sectores de la ciudad durante este periodo.

La prensa de la década de 1980 estuvo inundada de notas que reflejaban la compleja situación de orden público que se vivía en la zona Nororiental de la ciudad. Solo en la edición del periódico *El Colombiano* del 17 de junio de 1980 aparecen dos notas relacionadas con este tema en particular: por un lado, el asesinato de un hombre a puñaladas en un granero del barrio Manrique Oriental (Ángel-Dobal 1980, 13-B); por otro, el atentado realizado con una granada en un bar del barrio Aranjuez, el cual dejó un saldo de veinte personas lesionadas (Córdoba-Laverde 1980a, 16-B). Una semana atrás, el mismo diario había cubierto ya un homicidio con arma de fuego presentado en el barrio Popular N° 1 (Córdoba-Laverde 1980b, 16-B).

7. Las comunas 1 y 3 hacen parte de la zona Nororiental de la ciudad; mientras que la Comuna 13 corresponde a la zona Centroccidental.

8. Cabe resaltar, además, que la Comuna 2, también perteneciente a la zona Nororiental se encuentra en el cuarto lugar. (Centro Nacional de Memoria Histórica 2015, 210).

A estos hechos, que podrían considerarse individualizantes, en cuanto tienden a responsabilizar a un solo individuo de los hechos delictivos, casi abordando este como un hecho aislado, fueron sumándose otros que denotaban una problemática estructural y un dominio territorial del sector por parte de grupos armados. Así, en 1982, este diario exponía la situación que se presentaba en el barrio La Esmeralda, del mismo sector, donde un grupo de personas adultas se apropió de las calles del sector, sin autorización de sus residentes, para organizar torneos de fútbol clandestinos. Relata la nota que “si alguien se atreve a reclamar, los jugadores esgrimen armas de fuego y amenazan a quienes protestan” (González de Vega, Velásquez-Gómez y Villa-Gutiérrez 1982, 10-B). En esa misma vía, pero cuatro años después, el periódico denunciaba la presencia de grupos guerrilleros en el barrio Popular N° 2, específicamente del Ejército de Liberación Nacional (ELN), quienes irrumpieron en una misa que se celebraba en la iglesia para gritar arengas y dejar propaganda ideológica alusiva a su movimiento (Córdoba-Laverde 1986b, 15-B).

Por otra parte, figuras icónicas del sicariato, como la del “pistoloco”,<sup>9</sup> aparecen también representadas en los medios, a veces de manera explícita y otras simplemente remitiéndose a sus características, pero en gran medida asociadas a la zona Nororiental de la ciudad. Por ejemplo, al narrar el asesinato de un policía, se enfatiza en que este acto fue cometido por “una banda de llamados ‘pistolocos’, *de varias que actúan en sectores del barrio Manrique*” (Córdoba-Laverde 1986b, 8-D. Énfasis del autor). Cuatro años después, y tras un significativo escalamiento del conflicto, el mismo periódico cubría un hecho similar presentado en el mismo barrio, donde una pareja que se movilizaba en una motocicleta ametralló a catorce personas, quitándole la vida a seis de ellas (El Colombiano 1990, 14-B).

Aunque de manera menos frecuente, el barrio San Javier —posteriormente Comuna 13—, que para la década de 1980 aún hacía parte de la comuna de La América en la zona Centroccidental, también aparece en repetidas ocasiones, siguiendo una dinámica de escalamiento de la problemática similar a la previamente descrita. Así,

---

9. Salazar y Jaramillo definen al “pistoloco” como una figura clave en la estructura de la mafia, encargada de prestar seguridad a los capos del narcotráfico y llevar a cabo acciones delictivas —especialmente asesinatos— valiéndose de sus motocicletas (1992, 43).

mientras el periódico registraba para el año de 1981 su preocupación por “unos puñaleteros que viven en esos sectores que se sitúan en todo el terminal [de buses] a atracar a todas las personas que llegan del centro” (Córdoba-Laverde 1981, 5-B), ya para 1985 los crímenes reportados habían escalado a homicidios con arma de fuego, como el caso de unos “elementos no identificados [que] abalearon a una mujer y le incrustaron 16 proyectiles” (Córdoba-Laverde 1985, 13-C).

Notas como las anteriores explican el interés que en diferentes círculos de la sociedad comenzó a gestarse en torno a figuras como la del sicario, el miliciano, el miembro de bandas juveniles, entre otros, especialmente a partir de la década de 1990. Es en ese contexto que aparece, por ejemplo, una publicación del Magazine del periódico *El Espectador*, fechada el 16 de septiembre de 1990, donde su autora, Sylvia Duzan, entrevista a un ex sicario de la zona Nororiental de la ciudad de Medellín. Antes de hacerlo, realiza una breve descripción de los grupos de sicarios:

Profesionales que cobran por matar. Seres que viven de quitarle la vida a otras personas: reciben contratos de los capos de la mafia, de las organizaciones paramilitares, de cualquier advenedizo que tenga un negocio pendiente sin solucionar.

[...] jóvenes, sus escapularios de María Auxiliadora en el bolsillo trasero, sus reeboks, sus partidos de fútbol interbarrios, sus motos farragosas de 500 c.c. sin silenciador avanzando a lo largo de las calles de los barrios obreros del sector de la comuna nor-oriental de Medellín (1990, 8).

A continuación, procede a entrevistar a la figura de su interés con preguntas que pretenden inmiscuirse en la mente del sicario, entender sus motivaciones e, incluso, justificar su existencia: “¿qué es lo que piensa en el momento preciso de apretar el gatillo?”, “¿cómo debe ser el sicario modelo?”, “si usted tuviera la posibilidad de corregir ciertos errores de su carrera de sicario, ¿qué haría?”, “¿La quiere mucho [a su madre]?”. De las respuestas del entrevistado se desprenden dos elementos: su ausencia de remordimiento y su forma de entender el “negocio del sicariato” como una alternativa de subsistencia,<sup>10</sup> sin ningún tipo de reparo moral.

10. “Yo sé que una de las leyes de Dios es no matar, pero mi caso es que hay que matar para poder subsistir. Yo mato a conciencia, porque necesito dinero. ¿No ve que estoy trabajando y tengo que vivir de algo?” (Duzan 1990, 9).

A este tipo de publicaciones se suma la obra de Alonso Salazar, *No nacimos pa' semilla*, publicada en 1990. Considerada una de las pioneras en el estudio de las dinámicas del sicariato en la ciudad de Medellín, tiene el mérito de dar “voz a los marginados para tratar de penetrar lo más objetivamente posible en la problemática violenta de las bandas juveniles”, pues en este texto “hablan los sicarios, las madres de los sicarios, los sacerdotes de los barrios donde viven los sicarios y los enemigos de los sicarios” (Montoya 1999, 108). Esta particularidad produjo una consecuencia doble: por una parte, alimentó la posibilidad de estudiar la figura del sicario y analizar sus dinámicas desde esferas académicas; pero, por otra, convirtió al sicario en un personaje cuya función era la de representar los entornos socioeconómicos de los que provenía (Schlenker 2012, 11), alimentando la estigmatización de los barrios periféricos y asociando la pobreza con la actividad delictiva, a veces sin ningún tipo de matiz.

Sobre este último elemento, llama bastante la atención uno de los últimos fragmentos del texto, en un acápite que el autor emplea a modo de análisis de las crónicas anteriormente presentadas. Allí, Salazar afirma que la consolidación de grupos ilegales en los barrios periféricos, generalmente asociados al narcotráfico, es “una insurgencia de la juventud de las barriadas populares de Medellín, que han encontrado en la violencia, en el sicariato y en el narcotráfico una posibilidad de realizar sus anhelos y de ser protagonistas en una sociedad que les ha cerrado las puertas” (Salazar 2002 [1990], 149). Si a lo anterior le sumamos que, unas líneas después, el mismo autor afirma que “en Medellín el nivel de ingresos es inversamente proporcional a la altura del barrio” (Salazar 2002 [1990], 150), es evidente que la operación mental que realizaría un lector en la época no sería otra que la asociación de periferia con pobreza y de esta última con actividades delictivas.

Paradójicamente, el mismo Salazar, junto con Ana María Jaramillo, problematizaría la tradicional tendencia a explicar la violencia como un producto de la pobreza en su obra *Medellín. Las subculturas del narcotráfico*. Allí, los autores afirman que, si bien la miseria puede ser un factor multiplicador del conflicto y la violencia, no es un elemento determinante, sino que debe analizarse con relación a otros fenómenos

importantes como la pérdida de referentes colectivos y la coacción de grupos armados ilegales (Salazar y Jaramillo 1992, 108-109). No obstante, dado que esta obra poseía un carácter académico, y por ende dirigido a un público más especializado, puede intuirse que su impacto en la población general, y, por ende, en la construcción de imaginarios sobre las periferias, fue considerablemente menor que el de las crónicas de Salazar.<sup>11</sup> Así parece demostrarlo el propio autor años después, en la presentación de la séptima edición de la obra previamente mencionada, donde reconoce que “en muchas ocasiones, a lo largo de estos años, he escuchado reclamos de jóvenes de las comunas sobre la estigmatización a la que han sido sometidos y a la que pudo haber contribuido este texto” (Salazar 2002 [1990], 16).

Es importante mencionar que este interés por la forma de vida de los actores armados no estuvo particularmente orientado hacia la figura del sicario. Por ejemplo, en una crónica escrita por el periodista Ricardo Aricapa en el año de 1996 (Aricapa 1998, 3-29), este se interesaba por la historia de vida del miliciano Pablo García, uno de los más reconocidos en la zona Nororiental de la ciudad. En este corto texto, el autor narra la historia de este y las dos mujeres con quienes compartió su vida amorosa –sin que una fuese consciente de la existencia de la otra, cabe aclarar–, a veces resaltando su destreza militar y otras los elementos que hacían parte de su cotidianidad. No obstante, a diferencia de los personajes de la obra de Salazar, el miliciano aparece bajo la pluma de Aricapa como una figura fría y calculadora, pero firme en sus ideales de igualdad social y protección de la población más desfavorecida. Tanto así, que la muerte del personaje al final de la crónica, justo después de liderar un proceso masivo de desmovilización en el sector, lo coloca en el papel de mártir en búsqueda de la paz.

Ahora, con relación al segundo elemento señalado como característico de los relatos de la época –la ausencia de remordimiento–, cabe señalar que, de cierta forma, este también termina siendo vinculado con los barrios periféricos a través de la rutinización de la violencia. En efecto, la indiferencia ante la situación de

---

11. Aunque es difícil determinar el impacto de ambas obras, el hecho de que *No nacimos pa' semilla* haya tenido siete ediciones, mientras que *Medellín. Las subculturas del narcotráfico* solo una es bastante dicente al respecto.

orden público suele ser un elemento generalizado tanto por los actores armados como por la población víctima de las periferias de la ciudad. Por ejemplo, en la novela *El pelaíto que no duró nada*, del reconocido escritor y director Víctor Gaviria, el protagonista y sus amigos comentan la muerte de su amigo con absoluta naturalidad, al tiempo que celebran el haber podido recuperar el arma de este: “¡Subimos pa arriba, pa donde Jefry, más contentos que un hijueputa! Nos fuimos para la casa de Jefry, hacíamos uno que otro comentario: ‘¿Uy, a Carroloco ya le habrán hecho levantamiento?’. ‘¡Uy, yo creo que sí...!’. Y ahí mismo decíamos ‘¡Qué chimba de fierro!’” (Gaviria 2005 [1991], 60); y, unas páginas más adelante, el mismo personaje se lamentaba por la ruptura de la rutina violenta, afirmando que “no sucedía nada importante, ¡por Dios!... Nada interesante. ¡Como de matar, nada! Ni robos. ¡Salaos, de verdad, nadie ganaba nada!” (Gaviria 2005 [1991], 101).

Es importante señalar que, a diferencia del interés por la figura del sicario o del miliciano, propio de las décadas de 1980 y 1990 en términos temporales y de la zona Nororiental en términos espaciales, la representación de la normalización de las prácticas ejercidas por estos fue un elemento característico, también, de varias de las producciones escritas acerca de la zona Centroccidental, especialmente a partir del acrecentamiento del conflicto en la Comuna 13 con la llegada del nuevo milenio. Un caso muy diciente lo presenta Aricapa en su libro *Comuna 13: Crónica de una guerra urbana*, publicado en el año 2005. El libro cuenta varias historias que van entrelazándose entre ellas, dentro de las cuales se encuentra la de Dora Luz, una mujer proveniente del municipio de Frontino (occidente de Antioquia), quien menciona que, frente al conflicto, su madre, que se mudó al sector después de ella y su familia, “[...] se demoró para acostumbrarse. Ella oía disparos y ahí mismo corría a esconderse en la pieza de atrás, y no entendía por qué Miguel, los niños y yo no hacíamos lo mismo. Nosotros ya estábamos acostumbrados a las balaceras y a los muertos” (Aricapa 2005, 70).

De lo anterior se desprende, entonces, que el interés despertado por estudiar y representar los actores armados que hicieron presencia en la ciudad a partir de la década de 1980 tuvo como consecuencia la inminente relación de estos con los

entornos en los que eran descritos, los barrios periféricos. Fue así como las laderas de la ciudad comenzaron a perfilarse como entornos hostiles, peligrosos y asociados a prácticas criminales, lo cual —como se verá más adelante— tuvo importantes consecuencias en la vida de sus habitantes, obligándolos a entrar en el juego de las representaciones y mostrar “la otra cara” de sus barrios.

## La Comuna 13 y la emergencia de la víctima

El Acuerdo N° 54 de 1987 modificó de manera importante la división administrativa de la ciudad de Medellín. En él, se establecieron un total de 16 comunas, divididas en seis zonas específicas (figura 2), a las cuales se sumaron cuatro corregimientos. A diferencia de la zona Nororiental, cuyas cuatro comunas se mantuvieron asociadas al conflicto durante los años siguientes, el foco de atención con relación al conflicto en la zona Centroccidental se desplazó directamente a la Comuna 13 (San Javier), especialmente a partir del nuevo milenio y con el estallido de la usualmente denominada “guerra urbana” que se produjo en el sector, como consecuencia de la confluencia de grupos milicianos y paramilitares, quienes se disputaron el dominio territorial de la zona.<sup>12</sup>

Resultado de este conflicto urbano fueron los constantes operativos militares que se adelantaron durante el año 2002, dentro de las cuales se destacaron la Operación Mariscal y la Operación Orión,<sup>13</sup> tanto por su enorme despliegue militar como por la huella que dejaron en el recuerdo de la población de la ciudad (CINEP y Justicia y Paz 2003). También lo fue el viraje que se presentó a partir del año 2003 en la política gubernamental, cuando se emprendió un importante proceso de desmovilización de los grupos paramilitares a escala nacional, en el cual se incluyeron aquellos con

---

12. Para comprender el proceso de gestación de las milicias populares en la Comuna 13, así como la posterior llegada de grupos paramilitares a este sector y los enfrentamientos que entre ambos se produjeron se recomienda consultar el informe de la Comisión Nacional de Reparación y Restauración (2010) así como el del Centro Nacional de Memoria Histórica (2017).

13. Especialmente la Operación Orión dejaría una huella importante en la memoria de los habitantes de la ciudad. Esto debido, por una parte, a que fue la operación que contó con el mayor despliegue militar y que se presentó como el más importante éxito en el proceso de expulsión de las milicias de la Comuna; pero, por otra parte, también lo fue por los múltiples cuestionamientos de violaciones de Derechos Humanos y connivencia entre la Fuerza Pública y grupos paramilitares (CINEP y Justicia y Paz 2003).

presencia en la ciudad de Medellín.<sup>14</sup> Este proceso se gestó bajo el contexto histórico del auge de las discusiones sobre la importancia de la memoria histórica y el reconocimiento de la categoría de víctima (Cancimance-López 2013, 20-21), tal y como lo evidencia el Artículo 1 de la Ley de Justicia y Paz, el cual define como su objetivo el “facilitar los procesos de paz y de reincorporación individual o colectiva de miembros de grupos armados ilegales a la vida civil, *al tiempo que se garantizan los derechos de las víctimas a la verdad, la justicia y la reparación*”<sup>15</sup>

Este escenario es importante, pues permite comprender por qué las representaciones sobre el conflicto pasaron de interesarse por el victimario —el sicario, el miliciano, entre otros— a preocuparse por la víctima y hacer de ella su objeto central. Un caso muy representativo es el del libro *Comuna 13: crónica de una guerra urbana* (2005) del mismo Aricapa que años antes se había interesado por la figura del miliciano Pablo García, pero que, ahora, se preocupaba por narrar el testimonio de una serie de personajes muy diversos, pero con unas características en común: la mayoría lideraron procesos en sus barrios, todos fueron víctimas directa o indirectamente del conflicto y ninguno se involucró con los grupos armados ilegales que tenían presencia en el sector.

Otro tipo de representación de la víctima lo presenta el periodista Yoni Alexander Rendón en su obra *Comuna 13 de Medellín. El drama del conflicto armado*, donde va presentando un análisis del conflicto urbano al tiempo que se apoya en testimonios de las víctimas, con la especial característica de presentar relatos desgarradores y profundamente descriptivos. Así pues, a medida que el autor va presentando las acciones que ejecutaban los grupos ilegales, va narrando, entre primera y tercera persona, hechos como el secuestro de Carolina (Rendón 2007, 27-42), el asesinato de la menor Yiseth (Rendón 2007, 85-87), o la desaparición forzada de Leidy Johana (Rendón 2007, 71-73). Únicamente en un acápite se da voz a los victimarios, pero

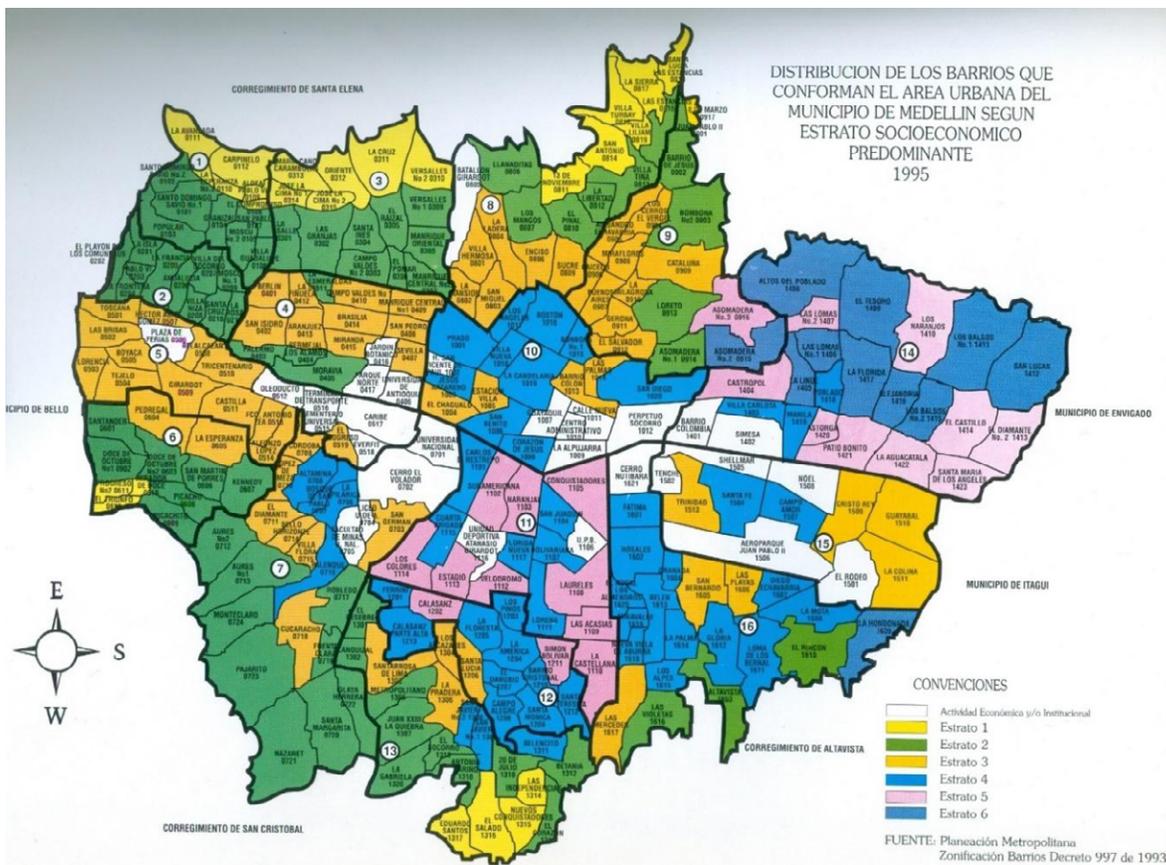
---

14. Una revisión muy completa del proceso se encuentra en Noreña-Betancur (2007). Asimismo, una visión más sintética, pero profundamente crítica, se puede consultar en Alonso-Espinal y Valencia-Agudelo (2008).

15. República de Colombia, Congreso de la República, “Ley 975 de 2005, por la cual se dictan disposiciones para la reincorporación de miembros de grupos armados organizados al margen de la ley, que contribuyan de manera efectiva a la consecución de la paz nacional y se dictan otras disposiciones para acuerdos humanitarios”, Bogotá, 25 de julio de 2005. Énfasis del autor.

para reconocerlos —especialmente a aquellos que iniciaron su recorrido en los grupos armados siendo menores— como víctimas, en este caso del reclutamiento forzado y la manipulación ideológica de unos grupos que los “manipularon con el fin de involucrarlos en el conflicto de la zona, cambiando de esta forma sus juguetes por las armas, y su ingenuidad por el crimen” (Rendón 2007, 91-92).

Figura 2. División administrativa de la ciudad de Medellín a partir de 1987



Fuente: Departamento Administrativo de Planeación Metropolitana (1993).

La capacidad para sobreponerse a la adversidad en condiciones extremas es también un elemento que aparece constantemente en el marco de las descripciones de los habitantes de la Comuna 13. Un claro ejemplo aparece en el texto *Crónicas de mi Comuna 13*, el cual surge en el marco del proyecto “Gestión Social Integral de la

Comuna 13” de la Alcaldía de Medellín en el año 2008. En una de las crónicas que componen esta compilación, Mariluz Palacio Úsuga narra la vida de su amiga Lina, una mujer que consiguió sobreponerse a la difícil situación de su entorno y “salir adelante”, estudiando y siendo un ejemplo para los demás habitantes de la zona. Así, lo que más interesa a la autora de la crónica es narrar “su tenacidad en la búsqueda de sus objetivos, pese a la difícil situación de nuestro barrio y de la fama que ganó nuestra comuna por efectos del conflicto que nos enmudeció la alegría” (Palacios 2008, 13).

Un caso similar al anterior se encuentra en el compilado *Contemos la 13*, el cual es el resultado de un concurso de crónica escrita realizado por la Alcaldía de Medellín en el año 2009. Allí, la misma autora de la crónica anterior cuenta la historia de su vecino Daniel Betancur, quien supo sobreponerse a ese territorio donde “los jóvenes soñadores ahogaron su ímpetu en las carencias económicas de sus humildes familias, o en el fragor de batallas que no eran las suyas, pero que los arrastraron a las calles de sus barrios con despiadada voracidad” (Palacios 2009, 10), para organizarse con otro grupo de jóvenes y fundar Preunycom13, un preuniversitario destinado a ayudar a muchos de sus compañeros a cumplir el sueño de ingresar a la universidad.

Por último, cabe resaltar, en el marco de las producciones escritas sobre la Comuna 13, y en especial de aquellas que coinciden con el patrón que hasta ahora se ha venido discutiendo, los trabajos producidos desde la Academia, la institucionalidad, y las Organizaciones de Derechos Humanos, en aras a resignificar el papel de las víctimas en el marco del conflicto urbano en la ciudad. Es el caso, por ejemplo, del informe elaborado por la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación sobre desplazamiento forzado en la Comuna 13 de Medellín, que se propone realizar “no sólo un diagnóstico, sino también un reclamo profundo de movilización ciudadana para que se levanten los estigmas, se proteja con vigor a las comunidades amenazadas y se creen las condiciones de reinención de la esperanza” (Comisión Nacional de Reparación y Restauración 2010, 18). Es también el caso del informe *Noche y niebla*, del Banco de Datos de Violencia Política, construido en conjunto por el CINEP y Justicia y Paz (2003, 69), donde se reconoce que:

El drama de la Comuna 13, como el de tantas y tantas de nuestras zonas de conflicto, arrastra, junto con sus ríos de sangre, la historia concreta de los humanos que dentro de ese drama encontraron la única oportunidad de ser humanos, fraguando su ser concreto e individual dentro del lodo y con el lodo que fue su mundo y su momento.

De lo anterior se desprende, entonces, que la representación del habitante de la periferia, especialmente de la periferia en conflicto, sufrió una importante mutación a partir del nuevo milenio y como influencia de la irrupción de la categoría de víctima en el escenario nacional y local. Así, de interesarse por la figura del victimario, las distintas instancias de representación pasaron a colocar sus ojos sobre la víctima, figura prácticamente invisibilizada años atrás, y sobre la forma en que esta actuó frente a un conflicto que no pudo evitar. Este giro implicó, a su vez, la oportunidad para que estas mismas víctimas tomaran la batuta en el juego de las representaciones y, en muchas ocasiones por medio de estímulos de la institucionalidad (pública y privada), dirimieran su categoría en el escenario local, a veces entrando en disputa con otro tipo de discursos hegemónicos.

## La periferia responde

---

Que la representación de los barrios periféricos a escala local estaba generando un estigma hacia quienes los habitaban fue algo de lo que los habitantes de las zonas Nororiental y Centroccidental fueron plenamente conscientes. Así lo demuestra el testimonio de un habitante del barrio Popular #1, quien, en un texto que envía a un concurso contando la historia de la fundación de su barrio, menciona que “la prensa a [sic] pecado de extremista en muchas ocasiones y ha creado una imagen tenebroza [sic] sobre lo que es habitar este lugar; se ha llegado incluso hasta hablar [sic] de cultura de la muerte (...) cuando desde un principio el habitante del barrio ha destrozado sus manos contra las adversidades para no morir” (Castrillón-Cardona 1996, 49). También lo confirman testimonios como el de Luis Eduardo Ospina, habitante de la Comuna 13, quien afirma que “este lugar es en el imaginario colectivo de muchos colombianos, sinónimo de violencia” (Ospina 2012,

3); o el de Raúl Úsuga, quien, en entrevista, afirmaba que los “mercaderes de la información” únicamente aparecen “para usufructuar el dolor que producen los muertos” a través del amarillismo (Úsuga 2012, 12). Naturalmente, este estigma se vio materializado en un conjunto de prácticas ejercidas por el resto de la población de la ciudad hacia quienes habitaban las laderas de esta, dentro de las cuales se destacaban la exclusión y discriminación, especialmente en los ámbitos social, económico y laboral (CNMH 2017, 314-319).

No resultan sorprendentes, entonces, las palabras de uno de los habitantes de la zona Nororiental, quien, ante una entrevista para un medio comunitario, afirmaba que “encontró demasiados tropiezos por vivir en Manrique Central, ya que tuvo que pasar por un proceso de selección muy exigente y discriminatorio, y en las entrevistas constantemente le preguntaban si había tenido contacto con grupos armados y cuál era su opinión respecto a ellos” (*El NorOriental* 2002, 8). Tampoco el énfasis que coloca al fenómeno Mariluz Palacios, cuando recuerda que “era más que difícil conseguir trabajo, decir que eran de la Comuna 13 era casi asegurar un NO en el proceso de selección” (Alcaldía de Medellín 2009, 12). En un sentido similar, una de las mujeres protagonistas de la crónica de Aricapa (2005, 159), explicaba que la problemática de estigmatización trascendía los escenarios laboral y social, vinculándose incluso al económico, pues “las empresas dejaron de mandar gente a recoger la mercancía y a traer la materia prima. Nadie quería subir, sobre todo después de la Operación Mariscal, que asustó a todo el mundo. ¿Mandar mercancía al Veinte de Julio?, ni riesgos, porque allá todos son guerrilleros, decían”.

Empujados por este tipo de situaciones, los moradores de la periferia encontraron en el periodismo comunitario una alternativa a través de la cual mostrar otros elementos importantes de sus barrios y luchar por modificar la perspectiva que de ellos tenían los demás habitantes de la ciudad. En ese sentido, vale la pena destacar la importancia de esta herramienta como una forma de “usar la comunicación desde dinámicas locales no ligadas a los medios tradicionales, que le podrían dar vida a luchas simbólicas por definir el derecho desde nuevas comprensiones y

desde formas diversas de interpretar sus medios y fines, partiendo de un contexto local” (Giraldo-Naranjo 2021, 177). En ese contexto, aparecen periódicos como *Sizas* y *El NorOriental* en la zona Nororiental de la ciudad, surgidos a mediados de 1990 y en el año 2002,<sup>16</sup> respectivamente; y revistas como *Signos desde la 13* y *Derecho por la 13* en la Comuna 13,<sup>17</sup> fundadas en 2005 y 2011, respectivamente. Nótese, además, que el periodo de fundación de estos periódicos corresponde con el que anteriormente se ha categorizado como el de mayor producción escrita sobre cada una de las respectivas zonas de la ciudad, lo cual demuestra un interés por responder a estas y aporta a la idea de una disputa por definir el escenario que la periferia debía ocupar en el imaginario colectivo.

Ahora, este interés por contrarrestar los discursos emitidos por los medios hegemónicos aparece plasmado de manera explícita en las editoriales de los primeros números de los tres medios previamente señalados. Por ejemplo, el periódico *Sizas* –el de más temprana fundación entre los estudiados– se define en 1996 como “un medio de comunicación que pretende presentar ante los ojos de la ciudad a nuestro barrio; pero al que no conocemos, al que, por lo general, no sale en los medios masivos de comunicación: el barrio del estudiante, trabajador, profesor, deportista, profesional” (Betancur 1996, 1); lo propio con *El NorOriental*, cuyos fundadores afirmaban, en la primera edición del periódico, que lo que los había movido a crear el periódico era demostrar que este sector “está habitado por personas de bien y con afán de entregar lo mejor para que ese estigma de violencia y de peligro sea erradicado de una vez por todas” (*El NorOriental* 2002, 2). Para el caso de *Derecho por la 13* (2011, 2), el discurso es bastante análogo, pues se afirma, en su primera editorial, que:

16. Se desconoce el origen del periódico *Sizas*, pues la primera edición disponible en la Sala Antioquia de la Biblioteca Pública Piloto es la número 5, correspondiente a junio de 1995, pero allí se afirma que el periódico llevaba cerca de un año en pausa.

17. Aunque el origen del periódico *Signos desde la 13* data del año 2005, los registros que se conservan inician en el año 2010, por lo que las fuentes estudiadas corresponden a este y años posteriores.

Es primordial que a partir de un periodismo neutral, sin sesgo alguno y comprometido con la esencia misma de esta profesión, que es la verdad, se logre construir un medio de comunicación que represente los intereses de toda una comunidad, que se vuelva en ese vehículo en el que se identifiquen las comunidades de por sí ya olvidadas en las laderas de la ciudad y que sufren en todo su proceso de consolidación y desarrollo una mirada estigmatizada del resto de los habitantes de Medellín.

Cabe resaltar que este interés por visibilizar otro tipo de situaciones o personajes de las periferias no implicó, en ningún momento, una negación de la presencia del conflicto armado o las situaciones de orden público irregular. Por el contrario, de lo que se trataba la apuesta era de demostrar que, *a pesar* de la presencia de este tipo de fenómenos, existían otros elementos importantes que valía la pena resaltar.

En ese sentido, el seguimiento hecho al Proyecto Ciclovía Barrial, en la zona Nororiental, se presta para ejemplificar este fenómeno. Se trató de una apuesta por destinar el espacio urbano para el deporte, el cual dio inicio el 8 de diciembre de 2002 y consiguió impactar favorablemente los barrios Popular 1 y 2, La Isla (parte alta), La Francia (parte alta), Andalucía (parte alta) y Villa del Socorro. Lo interesante del caso es que cuando se escribe acerca del proyecto en la prensa, se afirma lo siguiente: “en un sector que años atrás fue golpeado por la violencia, El Grupo Ciclovía fomenta la recreación para la comunidad e integración para la paz” (Sánchez-Zapata 2003a, 8). Esta estrategia discursiva de asociar la violencia a un pasado muy remoto es también un elemento común en este medio de prensa. Por ejemplo, en una nota del mismo diario publicada meses después (Sánchez-Zapata 2003b, 8), se afirma que:

Para nadie es desconocida la situación que tiempo atrás se vivió en la zona nororiental. Ahora eso es cosa del pasado y hay nuevas historias que contar. Gracias a las juntas de acción comunal de los diferentes barrios, a las diferentes corporaciones e instituciones que proyectan su trabajo a la comunidad, ahora se respiran nuevos aires.

No obstante, el desplazamiento del conflicto dentro del imaginario de los habitantes de la zona Nororiental no solo se dio a nivel temporal, sino también espacial. Así pues, no siendo suficiente con situar ese fenómeno en un pasado remoto, también lo ubicaron en otro espacio en el tiempo presente: la Comuna 13.

En efecto, el periodismo comunitario, en cierto sentido, se sumó al ejercicio estigmatizante hacia la comuna de la zona Centroccidental como parte de su interés por borrar el estigma que sobre sí mismos había recaído históricamente. En ese sentido, una nota donde un habitante del sector se queja de la falta de regulación del comercio en el sector de la 45, en el barrio Manrique, se convierte en la excusa ideal para remitirse a ese otro espacio: “Cabría preguntar que si sólo el recrudecimiento de la problemática a los niveles de lo ocurrido en la Comuna 13 obligaría a nuestras autoridades a mirar a nuestros barrios” (Cárcamo 2002, 5).

Así, la Comuna 13 se convirtió en el lugar común para representar lo que no era y lo que no quería ser la zona Nororiental. Esto es tan así, que tan solo dos meses después de la nota previamente citada, aparecen otras dos menciones del sector. En el primer caso, bajo la escritura del presidente de la Junta de Acción Comunal del barrio San Nicolás, quien, preocupado por la falta de intervención de la autoridad municipal en el sector, afirma que en las periferias de la ciudad “hace mucho tiempo que los enfrentamientos son cotidianos, y no existe un compromiso serio del estado frente a la miseria en la que está cayendo la población de estas comunas. Lo ocurrido en la Comuna 13 es un llamado de alerta sobre lo que puede ocurrir en el nororiente de la ciudad” (Delgado-Sierra 2002, 3). En el segundo, que aparece durante el cubrimiento de un evento cultural del sector denominado “en medio de la violencia todos deben saber”, uno de los organizadores de la actividad afirma que “no queremos que en nuestro barrio pase lo que sucedió en la Comuna 13, que cuando todo había avanzado peligrosamente, ahí sí prestaron atención” (Cardona-Bedoya 2002, 5). Esta constatación es importante, pues de entrada demuestra la heterogeneidad de las producciones escritas en las periferias y se aparta de la idea reduccionista de una contienda de dos bandos entre los discursos de un centro hegemónico y unas periferias coordinadas, conscientes de su exclusión histórica y solidarias entre sí.

Naturalmente, la Comuna 13 también hizo grandes esfuerzos por resaltar sus proyectos culturales y deportivos, haciendo especial énfasis en su aporte a la construcción de la paz sectorial. Es el caso del torneo de fútbol “Paz y Convivencia”,

del barrio Cuatro Esquinas, el cual cumplía, según su organizador, una doble función: “demostrar sus habilidades con el balón y mostrarle a la ciudad otra cara de [el barrio] cuatro esquinas y la Comuna 13” (Bram 2010, 16). Un ejemplo aún más explícito aparece unos meses después, en una nota que busca resaltar los proyectos artísticos y culturales del sector, en la cual se afirma que “las artes plásticas, el teatro, la danza, la literatura, los grafitis, las expresiones corporales, la música, la recreación, el deporte y muchas más, serán las representaciones más intensas e interesantes en los jóvenes de la 13, que sin duda mostrará un camino distinto al que se ha planteado con la violencia” (*Signos desde la 13* 2010, 4). Así pues, se entiende que, en líneas generales, la Comuna 13 compartió el interés de la zona Nororiental por rescatar aquellos elementos que no se mostraban en los medios oficiales; actividad que, para sus habitantes, fue “muy sacrificada gracias a los grandes medios de comunicación que con su amarillismo han logrado lo que no se ha podido conseguir durante tanto tiempo por los que trabajamos por mostrar otra cara de la comuna” (Hinestroza-Mena 2010, 2).

Sin embargo, una particularidad en las auto representaciones de la Comuna 13 que las diferencian de las emitidas en la zona Nororiental estuvo directamente relacionada con la emergencia de la víctima, tratada en el apartado anterior; específicamente, con la reivindicación de los derechos de esta y el deseo de problematizar el accionar de la Fuerza Pública en el sector. Por ejemplo, en una edición de *Derecho por la 13* aparece una nota elaborada por la Corporación Jurídica Libertad (2011, 7),<sup>18</sup> donde se cuestiona la efectividad de las operaciones militares llevadas a cabo en el año 2002 y se afirma que:

Tras los operativos militares, la zona no sólo resultó altamente militarizada por la Fuerza Pública, sino que el Bloque Paramilitar Cacique Nutibara tomó pleno control de lo que en ella sucedía, como lo denunciaron en varias oportunidades algunos pobladores de estos barrios, sin que sus quejas tuvieran trascendencia alguno puesto que la Comuna 13 de Medellín se exponía como modelo de pacificación en el país y como uno de los grandes logros de la Política de Seguridad Democrática del hoy ex presidente Álvaro Uribe Vélez.

---

18. Organización No Gubernamental (ONG) creada en el año de 1993 en la ciudad de Medellín con la intención de defender y promover los derechos humanos.

En la misma edición, Robinson Úsuga, reconocido líder del sector, narraba el asesinato de uno de sus compañeros y dudaba de la eficacia de esas operaciones militares que, aparentemente, habían traído la paz a la Comuna 13. Dice el autor que a las personas del sector les cuesta “comprender por qué les sucede esa desgracia si las calles fueron tomadas por los policías y militares en 2002, con la Operación Orión [...]. Sin comprender por qué tanto dolor si los policías y militares prometieron que con Orión llevarían seguridad y tranquilidad a las calles occidentales de la ciudad” (Úsuga 2012, 12).

Así pues, del presente apartado se extraen dos conclusiones importantes. En primer lugar, que los habitantes de la periferia fueron plenamente conscientes de la estigmatización a la que los habían sometido las representaciones emitidas por la prensa hegemónica y otros autores externos, ante lo cual respondieron a través de la consolidación del periodismo comunitario, resaltando otros elementos de importancia en la comuna y demostrando que, más allá de la violencia, había elementos de gran importancia que podrían identificarlos y representarlos. En segundo lugar, que esas auto representaciones no fueron homogéneas, sino que variaron dependiendo del espacio y el tiempo y, en ciertos casos, incluso llegaron a implicar la estigmatización de otros sectores periféricos de la ciudad. Así, en el marco de la pugna por ocupar un lugar dentro de la ciudad, los diferentes sectores periféricos no siempre coincidieron y, en diversas ocasiones, se enfrentaron entre sí con la intención de posicionarse a sí mismos en un mejor lugar.

## Conclusiones

---

A través de la presente investigación se ha analizado la importancia de los medios escritos en el proceso de construcción de imaginarios sobre dos de los sectores periféricos más importantes de la ciudad de Medellín. En ese sentido, se planteó que el interés que despertaron las dinámicas de orden público en los sectores estudiados, y que se vio reflejado en una serie de producciones escritas, generó un importante estigma hacia la población de estos espacios, el cual acabó produciendo una serie de

hechos discriminatorios de los cuales los perjudicados fueron plenamente conscientes. Asimismo, se revisó cómo las hetero-representaciones tuvieron un viraje importante con la llegada del nuevo milenio, pasando a interesarse en gran medida por las víctimas del conflicto, dejando de lado, casi completamente, el interés por los victimarios.

Paralelamente, se constató que las comunidades de los barrios periféricos no fueron actores pasivos ni se mantuvieron al margen en este juego de representaciones, sino que buscaron mecanismos de auto representación a través de los cuales mostrar otro tipo de elementos importantes de su entorno, dentro de los cuales la prensa comunitaria y los estímulos (concursos, proyectos, entre otros) ofrecidos por la administración municipal tuvieron un rol protagónico. De esto se desprende que, si bien los habitantes de la periferia reconocieron la problemática del conflicto con la que gran parte de la ciudad los asociaba y con cual que se vieron obligados a convivir durante gran tiempo, también resaltaron otro tipo de apuestas de la comunidad en pro de mejorar la convivencia y transformar la percepción de su entorno.

De esta serie de planteamientos se deriva una conclusión final, que confirma la tesis planteada inicialmente: la producción escrita tuvo un rol importante en el proceso de situar a los barrios periféricos en el imaginario colectivo de la población de la ciudad, razón por la cual este escenario se convirtió en un espacio en constante disputa, donde los diferentes actores —desde dentro y desde fuera de la periferia— lucharon por definir el lugar que debían ocupar y el tipo de elementos que debían representar este tipo de espacios. Ahora, si bien la investigación encontró similitudes en las representaciones, también permitió detectar elementos profundamente heterogéneos y que se apartan de la idea de una pugna centro-periferia, demostrando que, en la disputa por las representaciones, cada comunidad obedecía una lógica particular regida por unos intereses muy específicos, los cuales, a su vez, estaban profundamente asociados al contexto de la zona estudiada y las representaciones que sobre ella habían recaído históricamente.

Finalmente, vale la pena terminar estas líneas con una invitación al lector. Y es que, si bien para la presente investigación se privilegiaron las fuentes escritas, un análisis que vincule la producción audiovisual —incluyendo películas, documentales y

producciones musicales— bajo los postulados teóricos que aquí se emplearon, podría ampliar de manera importante la capacidad de análisis y aportar profundamente al estudio de las representaciones de las periferias de la ciudad. Un método y un objeto de estudio con el que la historiografía colombiana tiene una deuda importante.

## Referencias

---

Alcaldía de Medellín. 2008. *Crónicas de mi comuna*. Medellín: Alcaldía de Medellín y Universidad de Antioquia.

Alcaldía de Medellín. 2009. *Contemos la 13. Concurso de Crónica Escrita*. Medellín: Alcaldía de Medellín.

Alonso-Espinal, Manuel Alberto, y German Darío Valencia-Agudelo. 2008. “Balance del proceso de Desmovilización, Desarme y Reinserción (DDR) de los bloques Cacique Nutibara y Héroes de Granada en la ciudad de Medellín”. *Estudios Políticos* 33: 11-34. <https://doi.org/10.17533/udea.espo.1941>

Ángel-Dobal, Felipe Miguel. 1980. “Sujeto con antecedentes mató a otro en Manrique oriental”. *El Colombiano*, 17 de junio, 13-B.

Archila, Mauricio. 2012. “Historia social e historia cultural. Encuentros y desencuentros”. En *Historia Cultural desde Colombia. Categorías y Debates*, editado por Max S. Hering Torres y Amada Carolina Pérez Benavides, 319-334. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia; Pontificia Universidad Javeriana; Universidad de los Andes.

Aricapa, Ricardo. 1998. *Medellín es así*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.

Aricapa, Ricardo. 2005. *Comuna 13: crónica de una guerra urbana*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.

Betancur, César. 1996. "Edito Sizas". N° 7, agosto.

Botero-Gómez, Fabio. 1986. "La planeación del desarrollo urbano en Medellín". En *Historia de Medellín*, editado por Jorge Orlando Melo, Tomo II, 521-540. Bogotá: Compañía Suramericana de Seguros.

Bourdieu, Pierre. 1985. *¿Qué significa hablar?* Madrid: Akal.

Bram, Diego. 2010. "Un gol a la indiferencia". *Signos desde la 13*, n° 23, abril, 16.

Cancimance-López, Andrés. 2013. "Memoria y violencia política en Colombia. Los marcos sociales y políticos de los procesos de reconstrucción de memoria histórica en el país". *Eleuthera* 9: 13-38. <https://revistasoj.s.ucaldas.edu.co/index.php/eleuthera/article/view/4888>

Cárcamo C., Manuel. 2002. "Tribuna del comerciante". *El NorOriental*, n° 1, 16 de noviembre, 5.

Cardona-Bedoya, William Adolfo. 2002. "Propuestas de paz e integración". *El NorOriental*, n° 2, 30 de noviembre, 5.

Castrillón-Cardona, John Jairo. 1996. "Un barrio Popular en una ciudad popular". En *Concurso Escriba la Historia de su Barrio*, Centro de Documentación del Departamento Administrativo de Planeación, Clasificación M0259.

Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). 2015. *Una nación desplazada: informe nacional del desplazamiento forzado en Colombia*. Bogotá: CNMH. <https://centrodememoriahistorica.gov.co/micrositios/desplazamientoForzado/>

Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). 2017. *Medellín: memorias de una guerra urbana*. Bogotá: CNMH. <https://centrodememoriahistorica.gov.co/medellin-memorias-de-una-guerra-urbana/>

Chartier, Roger. 1992. *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*. Barcelona: Gedisa.

CINEP, y Justicia y Paz. 2003. *Noche y niebla. Panorama de derechos humanos y violencia política en Colombia. Caso tipo n° 2*. Bogotá: CINEP y Justicia y Paz. <https://www.nocheyniebla.org/wp-content/uploads/u1/caso-tipo/Comuna13.pdf>

Comisión Nacional de Reparación y Restauración. 2010. *La huella invisible de la guerra. Desplazamiento forzado en la Comuna 13*. Bogotá: Aguilar; Altea; Taurus, Alfaguara. <https://centrodememoriahistorica.gov.co/la-huella-invisible-de-la-guerra-desplazamiento-forzado-en-la-comuna-13/>

Córdoba-Laverde, Pedro Nel. 1980a. “A venganzas personales atribuyen atentado terrorista en Aranjuez”. *El Colombiano*, 17 de junio, 16-B.

Córdoba-Laverde, Pedro Nel. 1980b. “Dentro de un bar, acribillan a balazos a un delincuente”. *El Colombiano*, 11 de junio, 16-B.

Córdoba-Laverde, Pedro Nel. 1981. “Atracadores en San Javier – La Puerta”. *El Colombiano*, 2 de octubre, 5-B.

Córdoba-Laverde, Pedro Nel. 1985. “De 16 tiros de pistola fue muerta una mujer en San Javier”. *El Colombiano*, 31 de octubre, 13-C.

Córdoba-Laverde, Pedro Nel. 1986a. “Banda de pistoleros de Manrique asesinó un policía a balazos”. *El Colombiano*, 8 de julio, 8-D.

Córdoba-Laverde, Pedro Nel. 1986b. “Grupo subversivo ocupó una iglesia”. *El Colombiano*, 01 de julio, 15-B.

Corporación Jurídica Libertad. 2011. “¿Una Comisión para esclarecer qué?” *Derecho por la 13*, n° 7, noviembre, 7-9.

Delgado-Sierra, José. 2002. “Prevenir para que no nos ocurra lo mismo de la Comuna 13”. *El NorOriental*, n° 2, 30 de noviembre, 3.

Departamento Administrativo de Planeación. 1965. *Anuario Estadístico de Medellín*.

Departamento Administrativo de Planeación Metropolitana. 1981. *Anuario Estadístico Metropolitano*.

Departamento Administrativo de Planeación Metropolitana. 1986. *Anuario Estadístico Metropolitano*.

Departamento Administrativo de Planeación Metropolitana. 1993. *Zoonificación Barrios Decreto 991 de 1993*.

*Derecho por la 13*. 2011. “Editorial”. N° 1, octubre, 2.

Duzan, Sylvia. 1990. “Si uno no mata, lo matan a uno”. *El Espectador*, “Magazín Dominical”, 16 de septiembre.

*El NorOriental*. 2002. “El estigma de la nororiental”. N° 1, 16 de noviembre, 8.

*El Tiempo*. 1990. “Periódicos: Se leen más”. 10 de diciembre.

Gaviria, Alejandro. 2016. “Población y sociedad”. En *Colombia. La búsqueda de la democracia*, coordinado por Jorge Orlando Melo, Tomo 5, 179-230. Navarra: Taurus.

Gaviria, Víctor. 2005 [1991]. *El pelaíto que no duró nada*. Bogotá: Aguilar.

Giraldo-Naranjo, Julián Camilo. 2021. “La comunicación comunitaria: una plataforma para la movilización social y la lucha por los derechos”. *Revista CS* 33: 171-204. <https://doi.org/10.18046/recs.i33.3916>

González de Vega, Floralba, Ramiro Velásquez-Gómez, y Maria Eugenia Villa-Gutiérrez. 1982. “Futbolistas callejeros atemorizan moradores”. *El Colombiano*, 29 de septiembre, 10-B.

Hering-Torres, Max S., y Amada Carolina Pérez-Benavides. 2012. “Apuntes introductorios para una historia cultural desde Colombia”. En *Historia cultural desde Colombia. Categorías y debates*, editado por Max S. Hering Torres y Amada Carolina Pérez Benavides, 15-46. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia; Pontificia Universidad Javeriana; Universidad de los Andes.

Hinestroza-Mena, Alexis. 2010. “Editorial”. *Signos desde la 13*, n° 26, septiembre-octubre, 2.

Jaramillo, Ana María. 1996. “Criminalidad y violencia en Medellín, 1948-1990”. En *Historia de Medellín*, editado por Jorge Orlando Melo, Tomo II, 551-561. Bogotá: Compañía Suramericana de Seguros.

Medina-Franco, Gilberto. 2006. *Una historia de las milicias de Medellín*. Medellín: Instituto Popular de Capacitación.

Montoya, Pablo. 1999. “La representación de la violencia en la reciente literatura colombiana”. *Estudios de Literatura Colombiana* 4: 107-115. <https://doi.org/10.17533/udea.elc.17239>

Noreña-Betancur, Hermann Eduardo. 2007. “Los paramilitares en Medellín: la desmovilización del Bloque Cacique Nutibara. Un estudio de caso”. Tesis de maestría, Universidad de Antioquia. <https://bibliotecadigital.udea.edu.co/handle/10495/25528>

Ospina, Luis Eduardo. 2012. “Un enfoque a la resistencia”. *Derecho por la 13*, n° 4, noviembre, 3-6.

Palacios-Úsuga, Mariluz. 2008. "Enséñame que te enseñaré". En *Contemos la 13. Concurso de Crónica Escrita*, editado por la Alcaldía de Medellín. Medellín: Alcaldía de Medellín, 2009.

Ramírez-Patiño, Sandra Patricia, y Karim León-Vargas. 2013. *Del pueblo a la ciudad. Migración y cambio social en Medellín y el Valle de Aburrá, 1920-1970*. Medellín: Hombre Nuevo Editores.

Rendón R., Yoni Alexander. 2007. *Comuna 13 de Medellín. El drama del conflicto armado*. Medellín: Hombre Nuevo Editores.

Salazar J., Alonso. 2002 [1990]. *No nacimos pa' semilla*. Bogotá: Editorial Planeta.

Salazar J., Alonso, y Ana María Jaramillo. 1992. *Medellín. Las subculturas del narcotráfico*. Bogotá: CINEP.

Sánchez-Zapata, Diego Alexander. 2003a. "ISDEC, proyección deportiva y social para toda la comunidad". *El NorOriental*, n° 20, 13 de septiembre, 8.

Sánchez-Zapata, Diego Alexánder. 2003b. "El Popular N° 2. La Ciclovía Barrial se toma las calles". *El NorOriental*, n° 17, 26 de julio, 8.

Schlenker, Alex. 2012. *Se busca. Indagaciones sobre la figura del sicario*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar, Corporación Editora Nacional.

*Signos desde la 13*. 2010. "Arte joven en la 13. Una expresión de libertad". N° 24, junio-julio, 2.

Úsuga, Robinson. 2012. "El Duke, otra voz silenciada en la Comuna 13". *Derecho por la 13*, n° 7, noviembre, 10-12.

Valencia-Agudelo, Germán Darío. 2017. "La mirada sobre actores del conflicto armado en Medellín". *Debates* 78: 7-10. <https://bibliotecadigital.udea.edu.co/handle/10495/10477>

